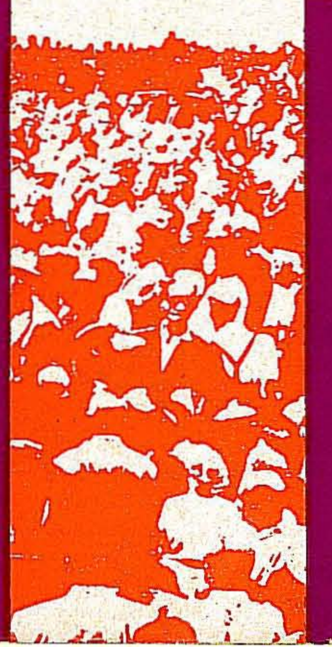
Presencia de la Iglesia



Juan Luis Segundo
y Patricio Rodé



ENCICLOPEDIA

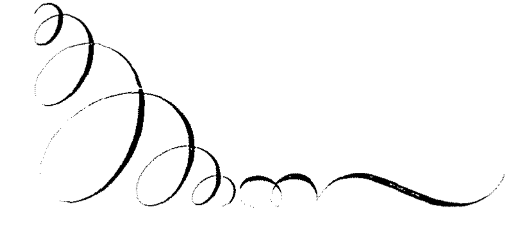


URUGUAYA

Presencia de la Iglesia

Juan Luis Segundo y Patricio Rodé





LA IGLESIA ES NOTICIA

Cuando las bases del universo uruguayo —que creíamos sólido y permanente en su áurea mediocridad— entran en fusión, y nuestra vocación regional y latinoamericana vuelve a resurgir con la intensidad de un desafío ineludible, y nos lanza el reto de la construcción protagónica de nuestra propia historia, la Iglesia es de nuevo noticia, periodística y políticamente hablando.

Y la inversa es válida. Cuando la Iglesia —en Uruguay, en Latinoamérica, en el mundo— se pregunta a fondo por su ser y su quehacer dentro de la aventura humana, de la historia, y tantea sus nuevos caminos, se encuentra inmersa, en el Uruguay, en una crisis global.

No es casualidad, entonces, que se produzcan extraños encuentros y más extrañas polarizaciones; que la prensa "liberal" se vista con capucha de inquisidor y cuestione la ortodoxia de nuestros obispos, o dictamine sobre la crisis sacerdotal; y que la izquierda lúcida pueda escribir, más hondo que en un simple plano de "mano tendida", que el marxismo y la Iglesia, a través de nuevas formulaciones, pueden llegar a ser aliados naturales en la tarea de desembarazar a la sociedad de la injusticia y del egoísmo del lucro.

Curiosamente, periodismo y política dicen que la Iglesia es noticia, cuando teología y pastoral insisten también, por su lado, en que la Iglesia es noticia. ¿Confusiones vodevilescas de un juego de palabras, o convergencia, aún equívoca, de aspiraciones que recubre la entraña del problema? Creemos que hay de todo; pero que interesa plantear el tema, porque conduce a la médula misma de la cuestión.

I. Una presencia accidentada

Desde la pradera-frontera-puerto colonial al Uruguay en crisis de hoy, la fisonomía y las funciones, la gravitación y el influjo de la Iglesia en la comunidad nacional han variado intensamente, a través de tensiones y conflictos que, sin embargo, marcan los hitos de una rica y compleja continuidad.

En las brumas primitivas, en la simbiosis de la cristiandad —que suponía unanimidad religiosa en la sociedad y apoyo mutuo entre las dos espadas—, nos resulta difícil hoy distinguir los interlocutores y su recíproco influjo, porque la componente cristiana empapaba, por lo menos teóricamente, la existencia oriental en su integridad, en forma incontestada, sin conflictos ni rivales aparentes. Rodaje necesario y evidente de por sí de la sociedad colonial —en una remota indiferenciada y olvidada porción del mundo—, la Iglesia cumple funciones indiscutidas: registra nacimientos a través de los bautismos, entierra, casa y falla causas matrimoniales, suministra letrados y líderes locales; por supuesto, todo ello agregado a la predicación, al ritual sacramental y a la exhortación moral. Para todo ello dispone —y a la vez soporta— el aparato patronal del apoyo oficial.

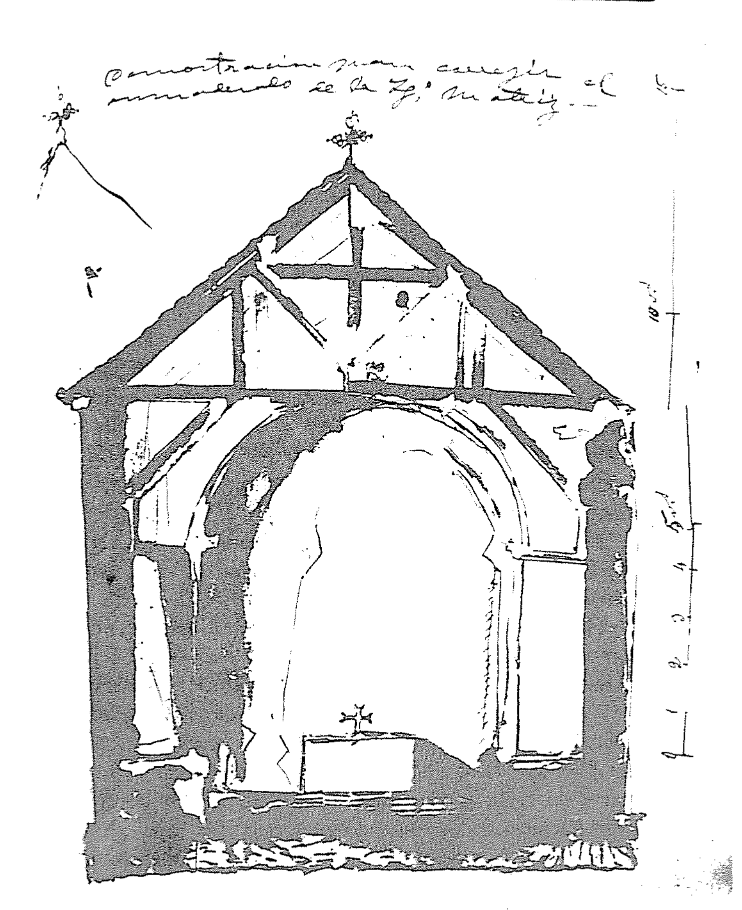
En esta Banda Oriental de tardío y débil asentamiento colonial, no es la figura tridentina de las Austrias, la "Nueva Cristiandad de Indias" a lo Toribio de Mogrovejo (Arzobispo de Lima, S. XVI), la que aparece primero, sino la inestable síntesis borbónica: el Real de San Felipe (Felipe V), puerto de "comerciantes, toscos labradores y zafia soldadesca", tendrá su clero "ilustrado", sin el respaldo de los siglos de cimientos coloniales con sus pecados y sus glorias.

Los Pérez Castellano y los Lamas, los Larrañaga y los Larrobla fueron hijos y padres de una simbiosis pragmática: cumplían su función sacerdotal y social en contacto con la realidad, según los imperativos del momento y del lugar, lejanos por cierto a los graves problemas europeos de coherencia interna entre Ilustración y Fe.

La Iglesia, hasta poco antes elemento de cohesión colonial, fue elemento de cohesión revolucionaria y criolla; la Revolución Artiguista tuvo dirigentes eclesiásticos que aplaudían la consagración de "la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable"; los "amigos de los matreros" fueron patriotas y republicanos; se nos ahorró el grave conflicto eclesiástico que en otros lugares de América significó la Independencia, y la nueva República nació jurando su nueva Constitución ante los curas, consagrando sin cuestionamientos serios su Religión oficial, sin que nadie se hiciera problemas teóricos.

¿Excepcional, gigantesca lucidez que se adelantó un siglo y medio a la historia? ¿Conducta pragmática exitosa, relacionada con la debilidad institucional de la Iglesia, que contenía en sí gérmenes a la vez de explosiva dinámica de futuro y de graves tensiones no afloradas?

La segunda mitad del siglo XIX desarrolla, en un nuevo registro teórico y político, los gérmenes de tensión.



La Matriz del Patronato Real.



Lápida de la Cristiandad Oriental.

El elemento espontáneo de cohesión nacional se convierte, precisamente, en polo de tensión y piedra de escándalo. La avalancha inmigratoria sumerge los débiles cuadros eclesiásticos y configura una sociedad oriental religiosamente indiferente, con un clima muy lejano del supuesto básico de la cristiandad: unanimidad religiosa y definido fervor. El liberalismo explicita sus raíces racionalistas; el catolicismo profundiza y depura su doctrina, en un contexto de endurecimiento. En los centros europeos la separación se radicaliza: la historia se hace con un protagonismo anti-eclesiástico; Roma condena, se repliega, se reorganiza. El Syllabus conmueve a nuestra élite doctoral; el XX de Setiembre —triunfo Garibaldino y derrumbe de una imagen del Pontificado— marcará hasta 1917 y aún más allá, los conflictos entre un Uruguay que se plasma y una Iglesia que "defiende su Santa Causa".

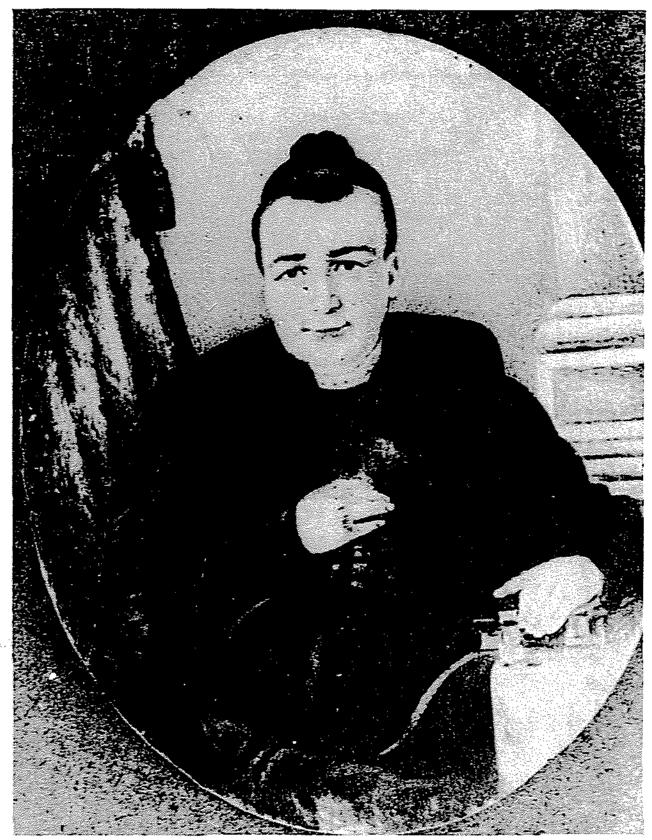
Ha aflorado con violencia un conflicto latente: ¿son compatibles las luces y la fe, la razón y los dogmas, la democracia liberal y la Iglesia?

El gigantesco esfuerzo personal de Jacinto Vera por llevar al último rincón del territorio y a la entraña popular la predicación y los sacramentos, hasta morir misionando, es el esfuerzo por reengendrar una sociedad católica; y católica con la pujanza y el fervor de una definición precisa. Y a su ardor misionero supo sumar sus aspiraciones eficaces de rigor y de profundidad intelectual: plantó desde temprano las semillas de una intelectualidad católica —eclesiástica y laica— fundando el Seminario, trayendo congregaciones y órdenes docentes, becando a Europa; de modo que cuando el indiferentismo pasó a beligerancia en los núcleos doctorales, doctores tenía la Iglesia para librar la batalla.

Porque el proceso, a pesar de sus esfuerzos, fue arrollador. La indiferencia religiosa creció en ancho y en profundidad; a partir de la Profesión de Fe Racionalista (1872) apareció un verdadero cuestionamiento a la Fe en nombre de la Razón; la irrupción de la maciza figura de Thompson plantó —junto con núcleos inmigrantes— la Reforma en tierra oriental; la masonería radicalizó sus posiciones — y la Iglesia acentuó enérgicamente las suyas, con lo que se desató, por oleadas, la secularización del país.

Un tema —entre muchos otros— puede servirnos como eje en la interpretación del torbellino: la polémica sobre el elemento determinante de la cohesión nacional.

En un país a la búsqueda de su estabilidad política y de su cohesión social en pleno proceso de modernización, entre los pactos de unión y las políticas de fusión que eran flor de un día, se empezó a buscar ahincadamente, a partir de la década del 70, un elemento capaz de consolidar, madurar y promover hacia el futuro a la convivencia uruguaya. Dos banderas se levantaron. Una —cronológicamente la primera— proclamaba como piedra filosofal los ideales de la razón, la libertad y el progreso, recibidos de Europa y de América del Norte por intermediación portuaria doctoral, y encarnados en el pueblo por la educación; ideales e instrumento concebidos, en puerto de origen y de destino, como incompatibles con la vida católica. La otra presentaba, en interacción antitética con la primera, como ideales vivientes y vivificantes la unión, la moral, la paz y la concordia, tal como brotaban del catolicismo romano, hecho



El "amigo de los matreros" José Benito Lamas.



Francisco Bauzá: "Hagamos de la cuestión religiosa la cuestión del día... por compasión de esta pobre sociedad enferma" (1889).

presente aquí por la Jerarquía eclesiástica y por los grandes militantes laicos católicos. Quizás Varela y Bauzá encarnen ambas banderas con una riqueza insuperable.

La función de la Iglesia se presentó, pues, como la de encarnar en el país esos valores, para plasmar íntegramente el ser nacional y proyectarlo hacia el futuro. Se veía y se decía claramente que razón, libertad, progreso y educación popular no se oponían al cristianismo en sí mismas, sino en cuanto eran enarbolados contra él. Pero la aspiración misma de constituir a la Iglesia como plasmadora del ser nacional estaba —y no podía sino estarlo, a esa altura de la historia— totalmente ligada al "modelo" de cristiandad. Reconozcamos, en perspectiva histórica y teológica de hoy, que levantar la bandera del siglo XIII para conducir al Uruguay al siglo XX por lo menos atizaba el equívoco; que confundir las sacudidas del salto hacia la modernidad con los síntomas de una disolución nacional inminente, fruto amargo del liberalismo, no fue un juicio histórico acertado en su totalidad; y que se persistía en confundir *un* modo de presencia de la Iglesia, históricamente condicionado y no el único concebible ni el más deseable, con *el* modo de presencia unívoco y universal. A partir de esa confusión teórica básica, no podía percibirse que la situación religiosa de la sociedad oriental era la de una diferenciación y desacralización crecientes e irreversibles, y se hablaba de un pueblo uruguayo básicamente católico, pero olvidadizo, religiosamente ignorante y falto del valor de sus convicciones.

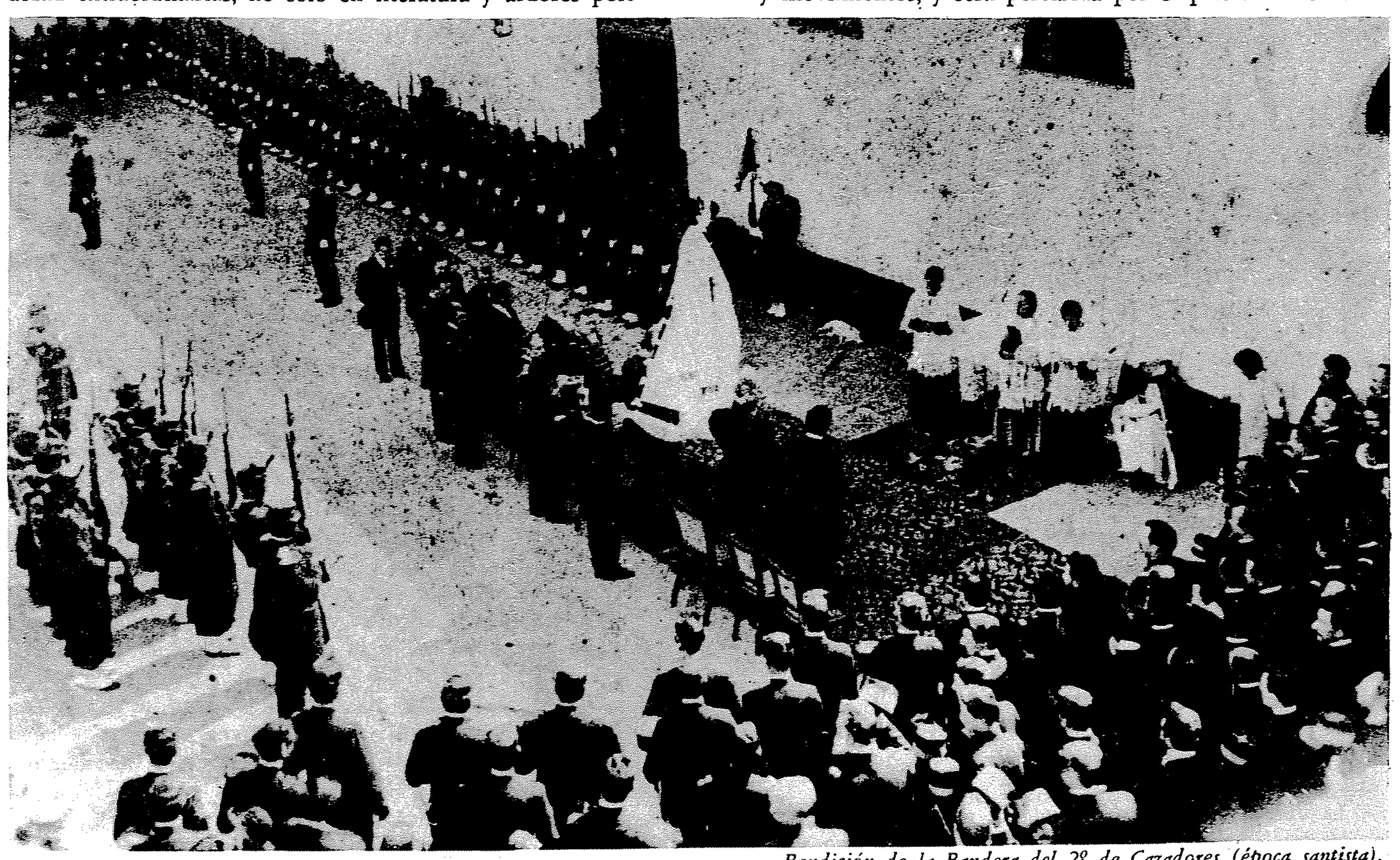
Ambas corrientes desplegaron un vigor y una fecundidad extraordinarias, no sólo en literatura y ardores polémicos, sino en obras concretas y eficaces. De su preocupación básica por el país y por los ideales que pretendían instaurar, nos legaron esa especie de "infraestructura básica" del Uruguay, que definió por muchos decenios sus rasgos salientes y con la que hay que contar ineludiblemente para descifrar la trama nacional.

Si seguimos con las figuras claves, el estandarte de Varela ganó arrolladoramente la batalla. Y la Iglesia cayó en la cuenta que después de todo no era esencial que las partidas parroquiales fueran documentos públicos, ni que los cementerios estuvieran bajo su control; que su función no es proponer modelos integrales y completos de sociedad, basados en la real o presunta unanimidad católica del pueblo. Y pudo buscar y encontrar nuevas formas de presencia, que incluso le permitían una mayor libertad y profundidad para cumplir su misión.

Por su parte, los que creyeron que sin esos apoyos la Iglesia desaparecería, se vieron obligados a confrontar su opinión con los hechos y constataron que seguía existiendo y actuando en una forma renovada.

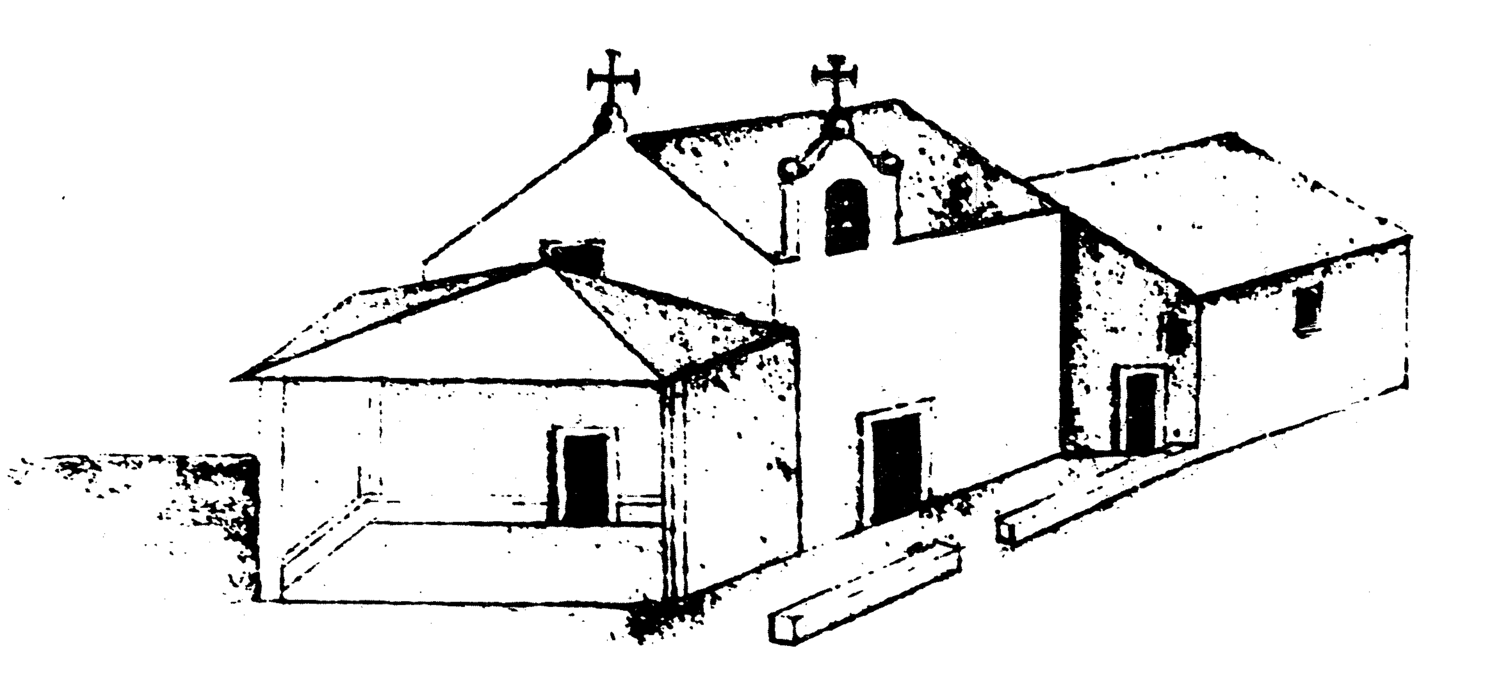
En efecto, la separación de la Iglesia y el Estado, fruto de la consolidación del Uruguay batllista consagrado en la constitución de 1917, inaugura para la Iglesia una nueva manera de presencia en el país, coincidente con la reestructuración de la Jerarquía eclesiástica en 1919.

Plantada en medio de una sociedad religiosamente dividida, definitivamente ubicada en el sector privado, incuestionablemente en minoría numérica, la Iglesia consolidará su actividad a través del conjunto de sus instituciones, obras y movimientos, y será percibida por el país a la vez como



Bendición de la Bandera del 2º de Cazadores (época santista).





La Matriz de la Colonia del Sacramento.

una reliquia y como una fuerza de limitado poder.

La Iglesia mantendrá intactos ciertos principios teóricos —las "tesis"— sin dejar por ello de participar de alguna manera en el quehacer nacional.

El ideal de llegar a formar buenos católicos de la mayor cantidad posible de individuos dará lugar a la línea del "apostolado", que se ha llamado posteriormente "pastoral de reconciliación"; o si se quiere a la propaganda y el proselitismo apologético orientado a revivir una cierta fe básica y dormida en el fondo de las personas, y de conducirlas a la práctica sacramental. Tarea desempeñada fundamentalmente por la Acción Católica. Por otro lado, aparecerá con fuerza una actitud de preservación de los ya católicos, encuadrándolos en estructuras confesionales, pequeña cristiandad privada enclavada en un país laicista, fortaleza sitiada y campana de cristal.

El ideal de incidencia en el proceso general del país se instrumenta fundamentalmente por la vía de la acción social y política.

La vida del clérigo cada vez más se desarrolla dentro de filas católicas, con poco contacto con el exterior; la vida del laico católico, resulta forzosamente escindida en difícil tensión entre un país liberal cuyas reglas de juego debe asumir de hecho por la fuerza de las cosas ("Al César lo que es del César...") y una Iglesia que poco a poco va relegando su teología de cristiandad y sus aspiraciones de dominio global de la sociedad a la categoría de tesis inaplicables. Nueva escisión entre fe y vida, entre presencia con poca especificidad cristiana y vida cristiana con poca relevancia vivencial. Simbiosis en los hechos, y tensiones germinales, como en tiempos de la Independencia.

Las grandes figuras católicas ven esta escisión, luchan por unificar ambos polos, y desesperan por su ineficacia, o remiten al futuro, a las próximas generaciones, la solución del problema. Los más pujantes y optimistas, llegan a hacer la apología cristiana del Uruguay batllista —mediante ciertos retoques— y a atisbar caminos de integración, aunque sólo perciban algunas de sus exigencias más superficiales. El "Humanismo Integral" de Maritain (1936) es leído con avidez, y asimilado desigualmente.

LA TESIS Y LA HIPOTESIS

"...En los problemas que las doctrinas liberales por un lado y las doctrinas totalitarias por otro, plantean a la conciencia del católico de acción en el orden temporal, solemos traer y llevar la distinción entre la *tesis* y la *hipótesis:* unas veces con acierto, y otras con peligrosa confusión.

Surge el mal uso de esta distinción, de suyo inteligente y certera, de concebir la tesis, o el principio doctrinario puro en relación con un tema dado, como si fuese algo que sólo pertenece a la esfera de las especulaciones abstractas, de tal modo alejadas de los condicionamientos prácticos de la vida, que ya a priori, la debemos considerar ineficaz para regir la acción.

Honrada por su misma pureza y por su inaccesible jerarquía, la tesis sería por tanto el objeto de un gran respeto especulativo; y a la vez, por sistema, de un soberano desprecio práctico. Con todos los honores, la dejaríamos para siempre en el estante de la biblioteca.

El resultado de un tal alejamiento de la tesis hacia la estratósfera, viene a ser que la hipótesis, o la aplicación práctica de la doctrina a las condiciones particulares de una realidad imperfecta, queda desamparada y huérfana, en medio de este pícaro mundo, juguete de todos los intereses dominantes y a merced de oportunismos sin norte.

Liberada de toda tutela, doctrinaria, la hipótesis sería entonces una formulación acomodaticia, fundamentalmente traicionera para con los principios.

Ciertamente no es éste ni mucho menos, el sentido verdadero de la distinción entre la tesis y la hipótesis.

Tomada en general, la tesis viene a ser la enunciación de doctrina que tiene en vista la naturaleza profunda de las cosas y nos señala su "deber ser" propio.

La tesis penetra la esencia permanente de las cosas, y establece las relaciones que entre ellas corresponden conforme a su naturaleza misma.

Para el cuadro de todas las relaciones posibles entre las muchas cosas distintas que constituyen un todo, disponemos de un conjunto armónico de tesis o doctrinas parciales"...

..."Las piezas diversas de nuestro rompecabezas concreto, no están sólo fuera de lugar, unas respecto de otras: están ellas mismas deformadas con respecto a su concepción original. Y aunque tengamos el modelo perfecto que las rige. ¡Y más que nunca nos es necesario tenerlo! Aunque tengamos en la mano el modelo ideal que nos han dado en el origen, las piezas que debemos mover y manejar ya no son los dibujos ideales; son piezas alteradas que no podemos cambiar por arte de magia, y que nos exigen una técnica de acción que sea conforme a su realidad a veces desconcertante.

Por esto mismo estamos siempre en la acción "debajo de la tesis" —en la hipótesis— en un plano de realizaciones imperfectas; para cuyo ajuste, no es tanto la tesis particular que se refiere a cada relación abstracta lo que debemos de usar como patrón inflexible, cuanto el conjunto armónico total, al cual debemos aproximar la composición de los elementos en juego; no aislada sino coordinadamente.

Pero sobre todo, no son todas las tesis igualmente esenciales, cuando enfocamos con ellas una realidad ya deformada. Unas se imponen con mayor exigencia que otras; y no nos afectan como sujetos de la acción de la misma manera todas ellas".

..."Y en lo que respecta a esta misma conducta de los demás, a los errores sinceros del prójimo, a sus debilidades, a su misma perversidad y mala fe muchas veces, a sus desórdenes graves o leves, no todas las tesis tienen tampoco el mismo carácter, ni ocupan el mismo plano de importancia. Los caminos de la acción están entonces regidos por la virtud de la prudencia, y por el arte mismo de la acción; por sus técnicas y por sus tácticas. Es la *virtud de la prudencia* la que dicta sus normas a la acción "debajo de las tesis"; es decir, bajo la forma propia de la "hipótesis", teniendo en vista a la vez, una realidad imperfecta que manejamos y un objetivo perfecto que perseguimos.

Esto supone elegir en la práctica no precisamente la tesis, sino el camino que conduce a ella. Y no una tesis aislada —es muy importante— sino el camino que conduce a aquel conjunto armónico de todas las tesis, al cuadro total de todas las relaciones; atendiendo a la posición real en que nos encontramos respecto de él y a la naturaleza de los obstáculos; y atendiendo también con mayor urgencia a lo que es fundamental, y con menos impaciencia a lo accesorio".

..."Volviendo a la hipótesis: es su característica más frecuente, en efecto, la de salvar el conflicto entre las mismas tesis parciales y abstractas, cuando se trata de aplicarlas a una realidad deformada, de piezas y elementos deformados".

..."Veámoslo en un ejemplo concreto: el conflicto entre la protección del Estado por sus medios propios a la verdad religiosa por una parte, y por otra parte la necesidad de que la adhesión personal de cada hombre a la fe sea un acto libre y de que la conducta moral de cada uno se rija subjetivamente por su convicción sincera".

..."Es claro que las soluciones de hipótesis, no son ya precisas y únicas como las de tesis. Son soluciones siempre relativas y de prudencia; y no fórmulas absolutas de tesis.

Pero cuando las soluciones de hipótesis enfocan circunstancias generalizadas en una época o en un lugar determinados, toman la forma de una verdadera doctrina. Son como segundas tesis, relativas a realidades imperfectas, pero penetradas del espíritu de la doctrina, hijas ellas mismas del celo por la doctrina.

Representan una sabia elección de los sacrificios inevitables de la tolerancia, ante la exigencia de los valores más esenciales de la doctrina misma.

Así es la solución de hipótesis conocida entre todos los autores católicos como *"tolerancia civil"* (por oposición a una tolerancia inaceptable siempre: la tolerancia dogmática o doctrinaria).

La tolerancia civil es la solución que hace frente a la realidad heterogénea y complejísima de las sociedades modernas, no en conformismos ni en oportunismos inaceptables como algunos piensan; sino a la luz de la más pura doctrina. Porque es una realidad innegable el error sincero de muchos en el orden religioso; y también es una realidad desde otro punto de vista, la sinceridad frecuente en los móviles de la vida política, y la utilización allí para fines mezquinos, de los más altos enunciados, la religión entre éstos.

Y es una realidad igualmente el debilitamiento, cuando no la corrupción del apostolado, donde se vuelve fácil confiar las más nobles misiones espirituales a la máquina del Estado y a sus medios temporalmente poderosos.

Pero estas desviaciones y peligros no son repudiados por cierto en razón de oportunismos o de conformismos de cualquier índole, sino por el contrario, en razón de la doctrina; en razón del conjunto armónico de las tesis que se rebela ante tales aplicaciones unilaterales y funestas de una tesis aislada y tal olvido de las demás".

..."No caben estrictamente dentro de la calificación de soluciones de hipótesis, las aplicaciones analógicas de una misma tesis a circunstancias históricas y culturales diversas.

En esto del carácter analógico, insiste con razón Maritain. Porque es propio de toda aplicación de un principio a realidades concretas, el coordinar en cada caso a su servicio, elementos diversos y contingentes. Toma entonces la doctrina la forma concreta de los ideales históricos. Si las variantes de la modalidad de aplicación de una doctrina vienen a depender únicamente de los factores contingentes de cada situación temporal y de cada cultura histórica, la diversidad de soluciones no alcanza al principio invariado.

Las soluciones justamente llamadas de hipótesis suponen por el contrario tolerancias verdaderas de aquello que no puede ajustarse a la norma ideal; y supone por lo tanto, elección entre valores más y menos imperiosos en el conjunto de las tesis, en un sabio camino de sacrificios y de conquistas.

Pero también es cierto que en todo ideal histórico no todo es tesis pura, en relación con circunstancias concretas. En todo ideal histórico hay acentos más intransigentes sobre algunos valores doctrinarios y descuido de otros menos presentes a la mentalidad de esa época: todos incluyen prácticamente tolerancias y descuidos, en vista de realidades particulares. En todo ideal histórico humano, una elección de prudencia se impone, en vista del conjunto de tesis, y para evitar el sacrificio irracional de valores esenciales de la doctrina misma. En todo ideal histórico la solución de hipótesis está generalmente incluida, porque el ideal histórico si ha de diferenciarse de la utopía, se refiere inevita-

blemente a los caminos y los medios de una realidad imperfecta. Abrazado a veces el ideal histórico como tesis pura, por la imposibilidad cultural de tomar conciencia de los sacrificios que implica, no deja por ello de participar en los hechos de las soluciones de hipótesis, y de quedar en alguno de sus aspectos, verdaderamente debajo de la tesis.

Pero aún suponiendo que el ideal histórico resulte una encarnación pura de las tesis, ha de tomar distintas formas análogas en las diversas situaciones culturales a través del tiempo.

La protección de la verdad religiosa como un bien común espiritual, por un Estado cristiano, da lugar a mil ejemplos diversos de aplicación igualmente válidos. Lo que en una cultura determinada significa protección, en otra hostilidad y desprestigio.

El error sería pues doctrinario si se pretendiera confundir la tesis de una armonía necesaria entre el poder espiritual y el poder temporal, con una cualquiera de sus formas históricas".

Horacio Terra Arocena (1949).

Otros, manteniendo su interpretación negativa del Uruguay secularizado, soñarán con una restauración utópica y lucharán por ella.

Como ejemplo, tenemos los graves conflictos de la década de 1930, entre católicos "cívicos" y católicos "terristas"; y, desde otra perspectiva, entre las viejas Uniones y la nueva Acción Católica.

Dos choques aniquilan ese equilibrio inestable: la crisis nacional con su ruptura de un modelo de Uruguay ya agotado; el Concilio Vaticano II, con una reformulación global del programa de presencia de la Iglesia en el mundo.

El primero problematiza el destino nacional; el segundo sacude y renueva el mundo doctrinal incuestionado (el mundo semiplatónico de las tesis inaplicables) que por deducción intentaba conformar el estilo, los objetivos, los instrumentos de la "presencia eclesial" en el país.

Si ambos choques le vinieron al Uruguay de afuera —eterno destino de periferia—, especialmente el segundo, inesperado y difícil de asimilar. Pero quizás gracias a ellos nuestra generación está enfrentada al problema de la presencia de la Iglesia en el país más cerca de sus verdaderos términos; porque la crisis global que vivimos hoy impide radicalmente la comodidad de las soluciones fáciles, frívolas, superficiales.

Se desploman día a día las seguridades y los sistemas, la presencia hecha por la mano del hombre. Y sólo a partir del despojo de los caminos fáciles percibiremos que la coyuntura actual misma del país es interpelación y decisión, y que en ella los cristianos tenemos (también en este país) una Buena Noticia que dar: — la palabra eficaz, eternamente viva y escondida como germen, a la vez en la realidad de la historia y en la historia de "esa comunidad llamada Iglesia".

La presencia de la Iglesia es, simplemente la proclamación de que más allá del sueño —y de la rutina—, del estancamiento y de la represión, se libera una energía de vida más arrolladora y dinámica de lo que podemos concebir; exactamente como más allá de la aniquilación de Jesús de Nazareth se liberó en Él una contagiosa energía de vida que le hizo vencer a la propia muerte, y a las fuerzas que lo aplastaron hasta su muerte.

Que la Iglesia, como grupo social, lleve en su seno, junto con la Buena Noticia evangélica, tensiones y polarizaciones, violentas o latentes, tiene su explicación a nivel coyuntural, y, más profundamente, a nivel estructural, en las tensiones que produce de suyo la existencia histórica del cristianismo.

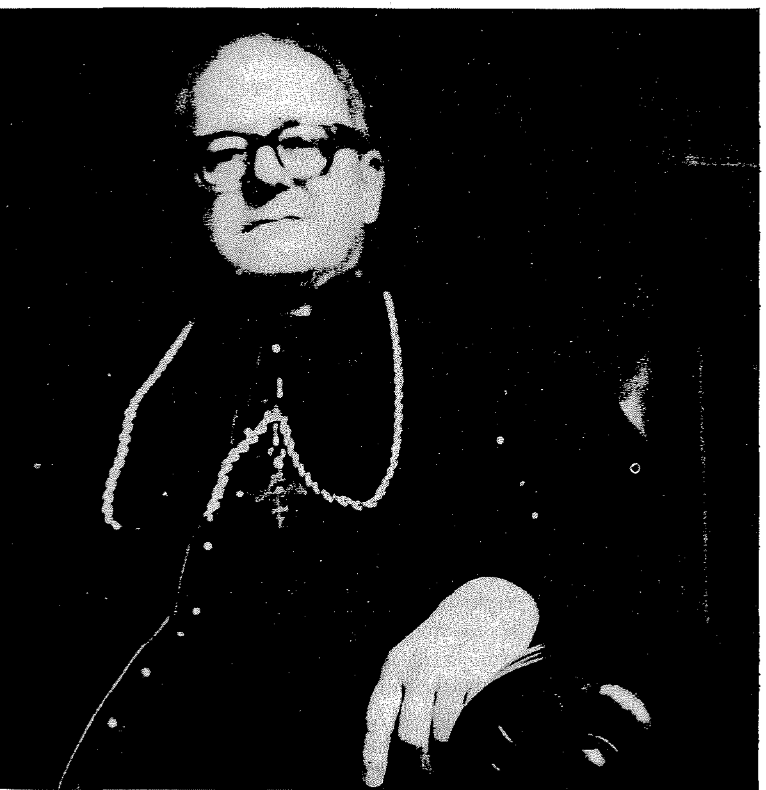


Corpus en plena calle.

II. Las mediaciones de la presencia

A las exigencias y al desafío planteado por la sociedad de la que forma parte, la Iglesia confronta, a través de la historia, la visión que tiene de su función, y elabora un determinado designio o programa de presencia, que se realiza a través de determinados medios o instrumentos (obras, instituciones, movimientos y estructuras), que plasman una fisonomía determinada y adquieren más o menos peso e importancia. Es a través de esas mediaciones que toma cuerpo la presencia de la Iglesia en la sociedad.

Como en toda institución, esas mediaciones de presencia son claves para su eficacia; plasman la fisonomía del programa, tienen su inercia propia y actúan cíclicamente sobre los dos polos que les dan origen y significado: se especializan en cumplir ciertas metas (ciertos postulados de teología pastoral) en un aspecto dado de la realidad social. Andando el tiempo, la "deformación profesional", en hábitos de pensamiento, aún los intereses creados, influyen para que la realidad se perciba siempre bajo ese solo aspecto, y la teología pastoral se coagule, hacia el resultado de la perpetuación de la obra o movimiento. En un primer grado, los movimientos tienden a influir dinámicamente como medios de presencia eclesial; pero pueden resultar inadecuados a la realidad social o al progreso teológico, y volverse anacrónicos. El extremo se da cuando ese anacronismo llega a rémora, a incidencia negativa en el proceso social, en una nueva situación; o a obstáculos para la presentación viviente del Mensaje cristiano o para una nueva formulación más actual y adecuada de la función de la Iglesia.



"No sólo custodios de un Depósito, sino exploradores de rumbos nuevos". Monseñor Carlos Partelli.

Por eso, todo esfuerzo de autenticidad y de actualidad de la presencia de la Iglesia exige tomar en cuenta tres elementos: las exigencias sociales, los postulados teológicos y la situación de las estructuras eclesiásticas.

Cuando el desafío de la secularización, a mediados del siglo XIX, el panorama era más sencillo, porque prácticamente no había mediaciones de presencia; hubo que crear de la nada.

Soler, Bauzá y Zorrilla, fueron los grandes creadores de nuestro primer "modelo" pastoral; — y el momento clave para estudiarlo es el Primer Congreso Católico de 1889.

Punto de llegada de los esfuerzos de treinta años en pleno combate, reunió a la Jerarquía y al clero nacional, a las órdenes y congregaciones, a las instituciones ya fundadas —algunas con cierta trayectoria en el tiempo, otras más recientes; punto de partida de una presencia más monolítica, más organizada, determinó hasta bien entrado el siglo XX el tono de la presencia de la Iglesia en el Uruguay.

¿Cuáles eran las líneas más destacadas?

Catequesis, predicación, celebración de sacramentos en la parroquia; con su actividad ordinaria y misiones extraordinarias; presencia global en la sociedad en tres grandes campos a través de los correspondientes instrumentos: en educación, *la escuela católica;* en la propaganda ideológica, el Club Católico y El Bien Público, *tribuna y diario;* en el naciente proletariado industrial, los *Círculos de Obreros.*

Echemos una ojeada arrancando de ese punto, a algunas de las diversas mediaciones de la presencia de la Iglesia en el Uruguay.

JALONES CRONOLOGICOS DE LAS PRINCIPALES ORGANIZACIONES LAICALES

1875 — Club Católico.
1878 — El Bien Público.
1885 — Círculo Católico de Obreros.
1889 — Primer Congreso Católico (Fundación de la Unión Católica).
1911 — Cuarto Congreso Católico (Unión Social, Unión Económica, Unión Cívica).
1934 — Creación de la Acción Católica (disolución de la Unión Social).
1950 — (aprox.). Introducción de la Acción Católica especializada.
1965 — Introducción del movimiento de la Pastoral de Conjunto.



Comunión pascual en el Circulo Católico de Obreros. 1905.

LA UNION CATOLICA

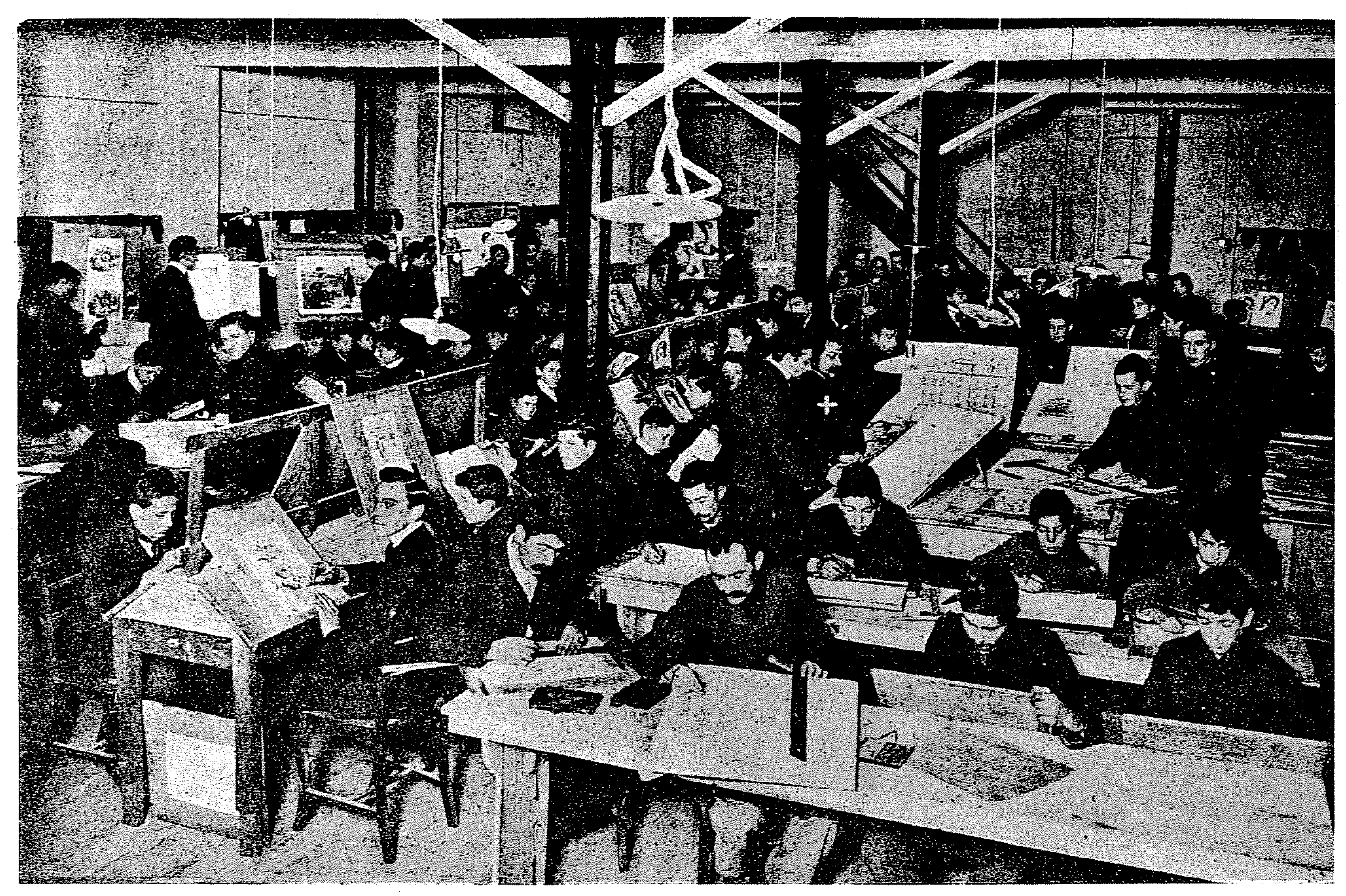
...*"Encarado así el asunto, podemos considerar el resultado de la unión de los católicos en sus dos manifestaciones exteriores — como acto defensivo contra el adversario, y como vínculo de combate entre nosotros. Ambos aspectos tienen un interés de actualidad, por la condición en que nos hallamos y por la naturaleza de las hostilidades de que somos víctimas.*

Toda la entidad de la discordia con nuestros adversarios, se reduce a una cuestión de preeminencia. Pretenden ellos colocar en segundo término la tutela de los intereses religiosos de la sociedad, mientras pensamos nosotros que les corresponde el primero. ¿Quién tiene razón? Juzgad por vosotros mismos.

A mayor desenvolvimiento religioso en los espíritus, mayor progreso positivo en las sociedades. Se podrá discutir y dudar sobre la capacidad de los hombres y el éxito de sus combinaciones transitorias, mas sobre la eficacia de la Religión para vigorizar las costumbres y salvar a los pueblos, la discusión no es admisible. Nuestro país, si algo conserva, si por algún motivo ha resistido los embates del infortunio que pusieron a prueba nuestra organización nacional y diezmaron nuestras filas, lo debe a esa cohesión misteriosa con que la Religión agrupó a sus hijos para crear y defender una Patria!".

...*"La unión de los católicos en el orden social, significa el reinado de Jesucristo sobre la tierra. Y el reinado de Jesucristo, que es reinado de paz y de justicia, de libertad y de orden, de concordia y caridad. Todas las vocaciones y todos los estados caben dentro de este imperio, y todos los caminos llevan hasta él cuando se emprende la jornada con fe. En lo antiguo como en lo moderno, nunca se oyeron preceptos iguales a los que el Divino Maestro dio para proteger la inocencia, santificar la pobreza y estimular el bien, ni la Historia presenta a la admiración del mundo, pueblos más valerosos, héroes más grandes y estadistas más ilustres, que los pueblos, los héroes y los estadistas cristianos.*

Consolidar el reino de Jesucristo en nuestro país, es no solamente un deber de orden religioso, sino un acto de caridad reclamado por el patriotismo. Los males que nos afligen provienen todos ellos de la inquietud de los hom-



Un taller del Círculo en actividad. 1906.

bres y del furor de sus ambiciones, y nada habrá que los cure, mientras la paz no serene los ánimos elevándolos hasta un verdadero concepto del bien común. Por consecuencia, la unión en Cristo para salvar la sociedad, antes que presagios de tormentas, es el único puerto de refugio que abre el mar proceloso de nuestras vicisitudes".

..."¿Qué significa esta reunión de personas venidas de todos los ámbitos de la República? Esta reunión es la Asamblea Constituyente del laicado católico. Aquí están representados por elección libérrima de sus comitentes, la prensa, los clubs, las asociaciones de enseñanza, los círculos de obreros, las archicofradías, las congregaciones piadosas, todo cuanto constituye el pueblo católico de la Nación; y de aquí debe salir la legislación que modele con fuerza imperativa, la conducta futura de esos elementos vivientes de la sociedad.

Hemos venido en nombre de nuestros representados a dar un testimonio de fe y sancionar un programa de conducta. Nuestro mandato responde a una exigencia de los tiempos, y no podemos disolvernos sin haberla remediado.

Necesitamos fundar la Unión Católica a la manera que nuestros padres fundaron la Unión Nacional, dándonos una Constitución que esté por sobre todos los organismos locales, y sea el juez supremo que resuelva todos los conflictos. No de otro modo pueden afirmarse los vínculos que establezcan la fraternidad práctica de los católicos y su conducta ulterior en defensa de la fe".

..."La Unión Católica, una vez sancionada y establecida, tendrá por objeto organizar el elemento católico en la República, aunándolo en la defensa y propagación de los principios, instituciones e intereses de la comunidad, así como en la práctica y pública manifestación de las creencias. De manera que la Unión hará para todos, lo que particularmente ha hecho hasta ahora cada institución para sí. No me detendré a examinar las ventajas que de tal procedimiento han de redundarnos, puesto que, si cada uno de nosotros conoce por experiencia propia el bien producido en su esfera limitada por la asociación que representa, podrá calcular la suba de bienes destinada a producirse por ésta, que es como el resumen y complemento de todas.

Una vez establecida la Unión, vosotros nombraréis por vuestro voto y a pluralidad de sufragios la Junta Directiva que debe representarla en Montevideo, integrándola con Delegados de campaña en número proporcional. Esa Junta promoverá la fundación de Comités en todo el país, y estos Comités difundirán en sus localidades respectivas el espíritu de propaganda y de trabajo que nuestras necesidades reclaman. Ahí tenéis todo el plan, ¿es acaso tan difícil realizarlo?".

Francisco Bauzá (1889).

a) Presencia educacional

Desde la Colonia hasta la Guerra Grande, educó la Iglesia, a través de los franciscanos de Montevideo y de los esfuerzos de Larrañaga. Y educó —con medios reducidos a una sociedad reducida— bajo los principios que tenía: "la filosofía reformada por los académicos de nuestro siglo, porque ni Platón, ni Aristóteles, ni Santo Tomás, ni Escoto, ni alguno de los próceres de la Escuela, tienen facultad para ligar los pies a la razón, ni pueden obligarla a que les preste sus homenajes" (1786, Fray Manuel Ma. Trujillo, Comisario General de Indias de la Orden Franciscana, citado por Ardao en "Filosofía pre-universitaria"). Larrañaga y Artigas, alumnos de ese ambiente, bebieron la cordialidad que señalábamos páginas arriba; y la Escuela de Purificación fundada por Fray José Benito Lamas, la reforma lancasteriana de 1821 y los proyectos de Universidad continuaban esa línea, promisora pero conflictual de simbiosis.

Restaurada la Escolástica en la Iglesia, rotas las relaciones con el racionalismo y liberalismo, secularizada la Universidad, Varela levanta la bandera de la educación popular, la Iglesia la bandera de la educación católica. La ruptura fue total y las heridas abiertas en el siglo XIX no han cicatrizado del todo hasta hoy, en homenaje al sectarismo —involuntario— de algunos, y al anacronismo del pensamiento de otros, en ambos campos.

Batalla, en resumen, en dos frentes: por la enseñanza religiosa en la escuela vareliana, con la convicción de que el catolicismo es la tabla de salvación del destino nacional y ha de propagarse con la educación pública, ya que el país y el Estado son católicos; por la consolidación y propagación de la escuela privada católica, al abrigo del naturalismo ateo. La Resolución Nº 1, de la Comisión de Enseñanza del Congreso, dice: "Que los esfuerzos de los católicos en pro de la regeneración social deben incluir entre sus fines principales la creación y el sostenimiento de escuelas católicas, para que en cada parroquia se funde una o más, según las necesidades de la población".



Mariano Soler, Arzobispo de Montevideo. El gran edificador. "Un catálogo bibliográfico prodigioso en cantidad y calidad" (Cayota).

En la etapa de la convivencia, cuarenta años después, se aceptarán los hechos consumados: la mayoría del país no es católica, la escuela pública debe ser laica — es decir, no atea, sino verdaderamente neutral; los católicos presentes en ella deben colaborar lealmente y vigilar esa verdadera neutralidad; "la escuela pública no es nuestra enemiga sino cuando ella misma se convierte en enemiga", dirá Regules. Y se buscará siempre tonificar la escuela privada católica, reclamando, sin conseguirlos, fondos públicos proporcionales, para combatir la lacra del clasismo.

Debemos consignar, los grandes esfuerzos realizados en el campo de la educación por la Iglesia, siguiendo esa línea, en volumen y en calidad; pero recién hoy apunta una reflexión seria, capaz de producir grandes cambios en este campo de presencia de la Iglesia.

Hay dos grandes principios, que pueden llevar lejos: la red educacional católica se justifica si, y sólo si, constituye en este momento histórico un verdadero servicio a la sociedad; si, y sólo si, es un medio eficaz para la proclamación del Mensaje Cristiano; si falla cualquiera de las dos condicionantes, carece de justificación. Si se dan los dos, dice el Concilio Vaticano II, y la Asamblea de los Obispos Latinoamericanos de Medellín, las instituciones católicas de enseñanza mantienen su vigencia y deben fomentarse.

Este es un verdadero desafío, hoy, para la Iglesia uruguaya, por la historia y por el peso sociológico de estos instrumentos de presencia. Pronto crecerá la discusión ya planteada, y servirá de test, cualquiera sea su resultado, para valorar el ritmo y la profundidad de su proceso de renovación.

PROGRAMA DE PORVENIR EDUCACIONAL EN 1889

"En un país católico la enseñanza del Estado no es religiosa; un Estado constitucionalmente católico sostiene una enseñanza atea, y esto, a pesar de las leyes! . . .

Los católicos pedimos que la enseñanza de la religión católica sea obligatoria en las escuelas del Estado, exceptuándose a los alumnos que profesen otras religiones, y que esa enseñanza no sea una farsa. Así se tendría el homenaje debido a la religión del Estado, sin imponerla a los disidentes" . . .

Así como el naturalismo ateo desearía arrojar a Dios del Estado, de la sociedad, de la familia, de nuestras cunas y de nuestras tumbas, del mismo modo desea y pretende arrojarlo de nuestras escuelas para formar generaciones ateas . . .

"No pretendo demostrar, porque es evidente, que ataca no solamente la misión de enseñar, que para nosotros los creyentes tiene la Iglesia de Jesucristo, sino también a la libertad de las conciencias y a la libertad de cultos, tales como debieran ser garantidas por el derecho público que proclama hipócritamente el liberalismo. Tampoco quiero investigar lo que vendría a ser el derecho sagrado e inviolable del padre de familia, en un sistema en que sólo se deja a las escuelas particulares la libertad de morir ante la competencia oficial sostenida con el erario público . . ."

(Párrafos del discurso del Vicario General Dr. Mariano Soler).



Iglesia parroquial de San Carlos (1792-1801)



Fachada del Club Católico: "Cátedra y cuna de las tradiciones católicas" (1875).

b) Presencia a nivel socio-económico

Con la crisis de acceso a la modernidad, en su cara de choque entre "utramontanismo" y liberalismo, se empieza a plantear en el Uruguay en términos siempre de contragolpes periféricos, el fenómeno que se llamó "la cuestión social".

En el ambiente urbano, a la naciente industria, la inmigración procedente de la Europa de la revolución industrial trajo mano de obra y experiencias de lucha para incorporarlas al cuadro.

En el medio rural, el impacto tecnológico y propietarista iniciado en tiempos de Latorre rompe la antigua economía de subsistencia y las relaciones patriarcales, y da lugar al nacimiento de clases en términos modernos.

Francisco Bauzá, Ministro de Gobierno del Presidente Julio Herrera y Obes, en su Memoria de 1892, llama la atención nacional sobre la situación rural; el mismo Francisco Bauzá que en 1885, había fundado el Círculo Católico de Obreros — seis años antes de la Encíclica Rerum Novarum.

La acción en el campo no llegó a ser presencia instrumentada hasta bien entrado nuestro siglo, y ello en una experiencia breve y en definitiva fallida (los Sindicatos Agrícolas).

Nos interesa reseñar brevemente ideas e instrumentos de la presencia urbana.

Los rasgos del diagnóstico son —para el Uruguay de 1889— asombrosamente precisos. El liberalismo, padre del capitalismo, está dando frutos amargos: la asociación obrera se impone: "Hombres, habéis sentido la necesidad de reuniros para dar amplitud a vuestras ideas; obreros, habéis previsto la ventaja de asociaros a fin de mejorar vuestra propia condición", dice Bauzá en la Asamblea fundadora del primer Círculo, en 1885.

Esta asociación se modelará en dos líneas: la unión de obreros alrededor del altar dominical, y luego actividades de instrucción y recreo; la caja de socorros mutuos y la previsión de los riesgos de enfermedad y desocupación.

Ilustrativa es la historia de los Círculos. Poco a poco el polo que podía dar lugar a una presencia militante se desgaja —y su sitio será llenado por el movimiento Sindical demócratacristiano, cuyo protagonista fue Eduardo Cayota y su órgano "El Demócrata"; el aspecto mutual crece y recluta adherentes de clase media; la Caja Obrera pasa de la idea inicial del subsidio mutuo a la actividad bancaria—. Sic transit...

Historia repetida hasta la saciedad en lo que fue el marco de la "Unión Económica", creada en el IV Congreso Católico de 1911: proliferación de pequeños núcleos de ahorro y préstamo, con sentido "social", a la sombra de movimientos y campanarios; su dilución en la bancarrota si permanecían fieles al ideal inicial, o su consolidación con fines puramente económicos —bancarios— con olvido de su finalidad de mediaciones de presencia.

En suma, un proceso interno de secularización, una absorción por las leyes del juego de la realidad.

Experiencias aleccionadoras, pasos en la toma de conciencia de los verdaderos términos de la presencia eclesial en la era post-constantiniana. El fracaso de las mediaciones de presencia que exigen montar instituciones de suyo seculares, debe hoy pesar para buscar nuevos rumbos.

En otras palabras, la presencia de la Iglesia no consiste en plasmar la sociedad ni en hacer la historia ella misma, sea en simbiosis con el Estado o en el sector privado; su presencia tiene sentido en la medida que anuncie, sirviendo a todos los hombres, un Mensaje que transfigura la historia construida por todos. Incorporando una visión realista, científica, de la realidad nacional (Equipos del Bien Común).


Colegio y Seminario Conciliar (1879).

c) Presencia política

LA "CUESTION SOCIAL": DIAGNOSTICO Y TERAPEUTICA (1889)

"Sucede, dirá Pedro Blanes en 1889, que esta persecusión incesante a la Iglesia (el auge del liberalismo, por supuesto), no remedia poco ni mucho el giro desagradable que va tomando la cuestión social"... "El obrero, a quien le han advertido los modernos pensadores que se explota su credulidad, ha invadido las sociedades antirreligiosas, y al contemplarse tanto o más mísero que antes de su evolución, empieza a sospechar que es el capital su verdadero tirano, y se esfuerza por sacudir esa ominosa sujeción".

"Por la parte que les toca, el capitalista y el industrial ven con desagrado las impaciencias del obrero, y esta tirantez de relaciones entre el capital y el trabajo se traduce con frecuencia en hechos de mal augurio".

"Decir que el obrero se queja sin motivo, no es decir la verdad. La ambición domina los ánimos; cruzamos una época de grandes y generales aspiraciones, y las empresas todas, sean comerciales o industriales, atienden a su ganancia y olvidan todo lo demás".

"Es lo cierto que la condición miserable del pobre no ha mejorado en el fondo, a pesar del incremento de la riqueza pública y a pesar de la acción niveladora de las democracias".

"El catolicismo, ayudado de su fe ardiente en Jesucristo, promete, si no evitar, atenuar cuando menos estos males, y lo conseguirá apoyando la fundación de sociedades católicas de obreros...".

"El progreso de una sociedad es siempre efímero cuando la conducta moral de los individuos, las costumbres públicas son reprochables. Si no se quiere aceptar punto por punto los dictados de la Iglesia, la economía social del Evangelio, es forzoso decidirse por el comunismo, el nihilismo y la liquidación social... Ocupamos el vértice de un ángulo cuyos lados conducen el uno a las prácticas llanas del Evangelio, el otro a lo desconocido".

Similares reflexiones sugiere el quehacer político, del que nos ocupamos menos, por ser más conocidos y sus fuentes más accesibles.

En la lógica interna del programa de 1889, en las obras de los grandes militantes de entonces —la trilogía Soler, Bauzá, Zorrilla— estaba la semilla del partido confesional. Su fundación, como tal, en 1911, sus aportes a la legislación nacional, las páginas brillantes escritas por los prohombres de la Unión Cívica, con Joaquín Secco Illa a la cabeza, cumplieron su función de testimonio y experiencia; lo mismo la militancia de notorios católicos en los partidos tradicionales. Pero la situación de hoy apunta a nuevas búsquedas. En el abanico de opciones políticas de hoy, los cristianos se encuentran en todos los matices, haciendo la difícil experiencia de convivir y militar sin armaduras defensivas, con los demás. Muchos conflictos internos se les presentan, muchas paradojas parecen insolubles; pero las batallas ya no se plantean en términos de poder entre ideologías o grupos en pugna, sino en términos de vivir en una coherencia viviente, nunca del todo alcanzada, la existencia humana transfigurada por la conversión; en términos de atestiguar con esa vida, la presencia de una Buena Noticia en la existencia humana.

La Iglesia entonces, ¿bascula hoy hacia la izquierda? Es innegable —Concilio Vaticano II y documentos de Medellín a la vista, documentos pastorales nacionales profusamente publicados y discutidos— que ésa es la línea de tendencia.

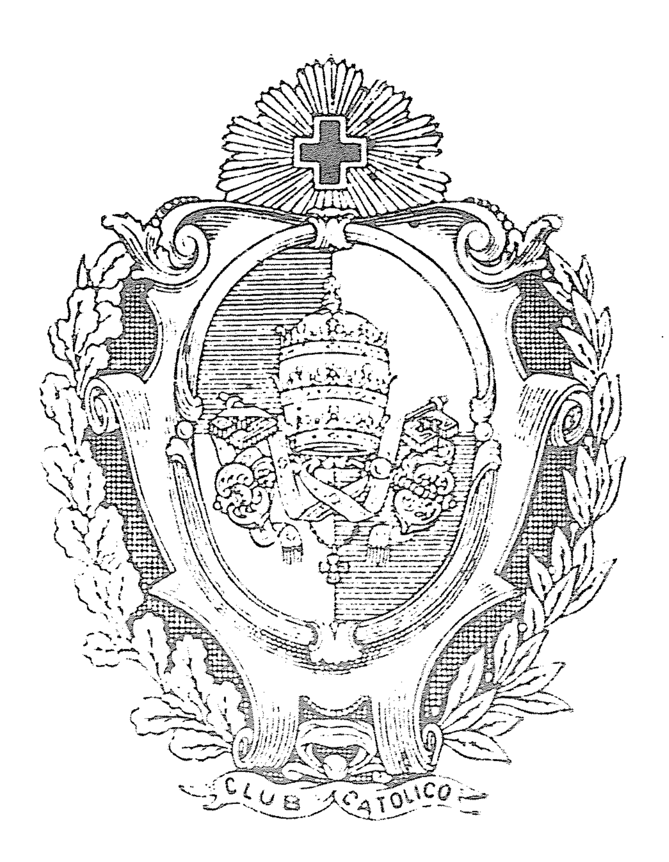
PROGRAMA DE LAS TRES UNIONES (SOCIAL, ECONOMICA, CIVICA)

"...La Unión Social formará el gran núcleo que ha de atraer a sí a todos los católicos que se crean obligados a servir a su causa; para nadie faltará un puesto de acción en sus nutridas filas. Comenzará por atraer y unir en torno de un mismo centro, a todos los hombres de buena voluntad, que animados de verdadero celo y entusiasmo y dispuestos de corazón a la labor, o no saben cómo desempeñarse, o faltos de organización y de unidad, tienen que resignarse a contemplar el fracaso o la esterilidad de sus generosos esfuerzos. En adelante podrán beber inspiraciones en la nueva fuente y contarán con una dirección segura que ordenará sus esfuerzos y les señalará convenientes trayectorias sobre el campo de acción común. Ordenados así sus elementos, la Unión Social llegará a ser en poco tiempo una potencia. No será propiamente una diferencia de asociaciones, sino una unión de personas; pero propenderá eficazmente, con acción directa e indirecta, al fomento y al progreso de todo género de asociaciones que encuadren en su género. Organizará asambleas, reuniones, conferencias y cursos de estudios sociales; editará y difundirá hojas sueltas, propaganda, toda la inmensa ventaja que puede proporcionarles el arma formidable de la imprenta moderna, que, dicho sea de paso, es bien poco aprovechada por los católicos; hará gran acopio de notas, datos y colaboraciones para la prensa que armonice con sus tendencias; formará oradores, escritores y demás elementos auxiliares que se requiere para el desarrollo de sus obras, poniendo a disposición de aquéllos materiales científicos y prácticos, que sirviéndoles de elementos de estudio, les facilite el cumplimiento de su cometido con notable aprovechamiento de tiempo y ahorro de trabajo. Los católicos encontrarán, en fin, en la Unión Social, un foco de luz y de calor que iluminará los entendimientos y educará la conciencia colectiva acerca de los grandes problemas del presente.

La Unión Económica tiene un rol distinto, pero también importantísimo. Tiende especialmente a la elevación de las clases populares y a vincularlas estrechamente, no tan solo en sus intereses morales sino también en los materiales. Su norte principal es el fomento de toda institución que favorezca el bienestar de las clases trabajadoras, tan contaminadas ya por utopías socialistas, y siempre víctimas en los estallidos frecuentes que provocan las luchas contemporáneas del capital y el trabajo. Florecerán pues, ante su acción hábilmente desarrollada, las cooperativas de todo género, los sindicatos, las cajas de ahorro y de crédito, las asociaciones gremiales y de socorros mutuos y, en una palabra, todas cuantas se encuadren en el hermoso programa de mejoramiento material y moral de las clases más modestas. Los ejemplos altamente elocuentes de análogas organizaciones en Bélgica, Italia y otros países, son tan confortantes, y tan inmenso el bien que por tales medios se ha llegado a alcanzar en aquellos, que nos sentimos altamente estimulados a emprender esta obra

EL BIEN PUBLICO

"El Bien Público" decano de la prensa católica.



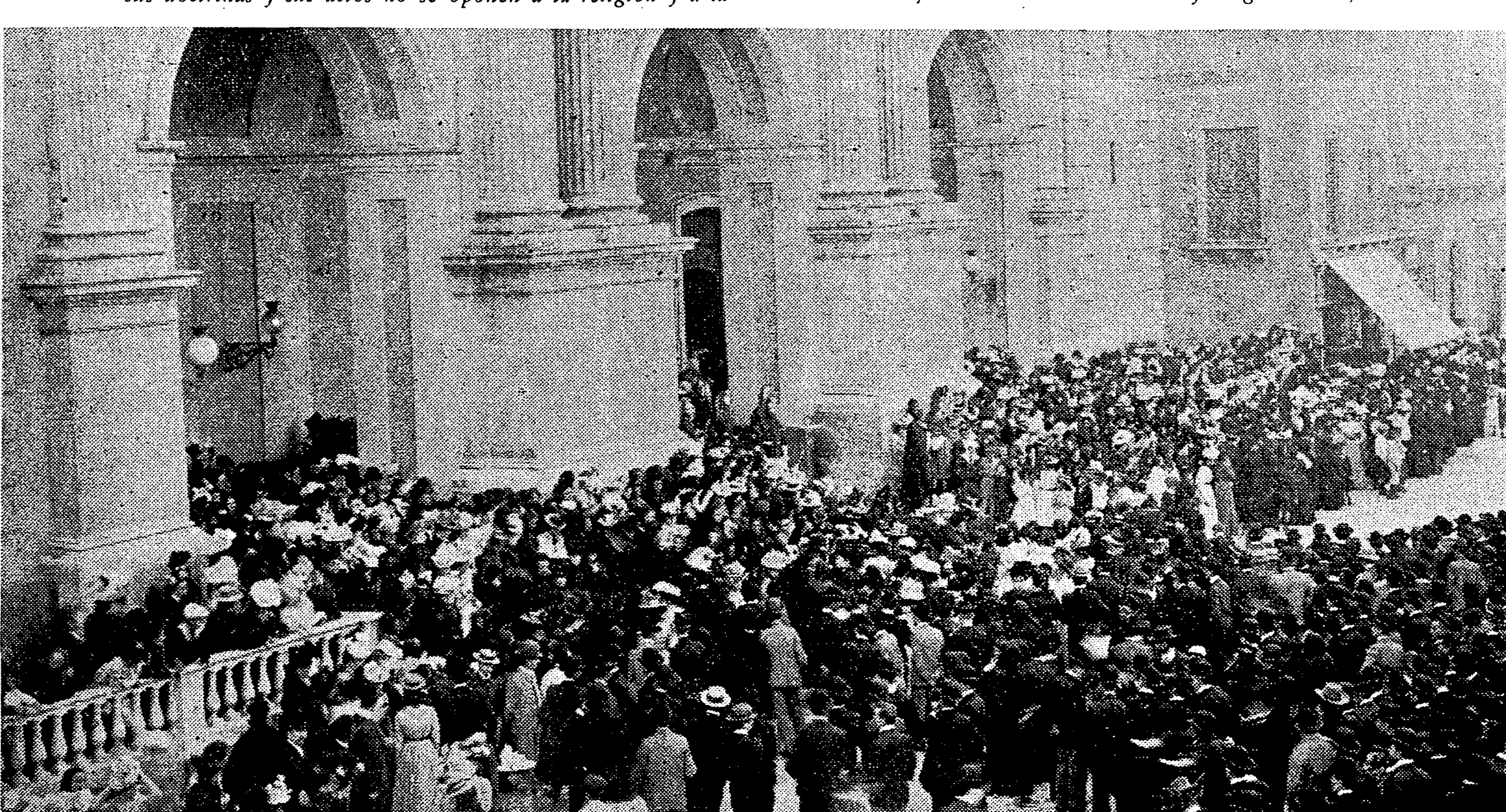
Escudo del Club Católico.

de grandes esperanzas para el porvenir de nuestra patria.

La Unión Cívica tiene un carácter esencialmente político, a diferencia de las uniones social y económica, en las que la política no tiene rol alguno.

Este centro agrupará a todos los católicos que estén dispuestos a actuar de conjunto en el terreno electoral, para influir con su voto ciudadano en la composición de las autoridades electivas. La Unión Cívica es complemento necesario del programa de acción que indicamos; sin la orientación que ella marca nos expondríamos, según las palabras del Papa a "pararnos en la mitad de la jornada" por no servirnos, en "la medida lícita, de los derechos del ciudadano, que a todos reconocen las modernas constituciones", derecho que según lo hace notar el mismo Papa, se extiende hasta "participar directamente de la vida política de la nación, mediante la representación popular en las asambleas legislativas". La Unión Cívica, libre y autónoma como las otras dos, organizará según mejor lo entienda, a todos los elementos que espontáneamente se alisten en sus filas y aceptan su programa. Constituirá una agrupación independiente de otros partidos, pero esto, en manera alguna podrá significar que deba tenerse por ilícito el que otros católicos, con motivo legítimo y con recto fin, y sin abandonar nunca la defensa de los derechos de la Iglesia, pertenezcan a otros partidos o agrupaciones políticas, puesto que, como expresamente lo ha proclamado la Santa Sede a los católicos de España "la existencia de los partidos políticos es en sí misma lícita y honesta, en cuanto sus doctrinas y sus actos no se oponen a la religión y a la moral: pero a la Iglesia no se le debe en manera alguna identificar o confundir con alguno de ellos, ni puede pretenderse que ella intervenga en los intereses y controversias de los partidos para favorecer a los unos con preferencia a los otros". La Unión Cívica del Uruguay, inspirándose en las enseñanzas saludables de la Santa Sede, que contiene el importante documento a que aludimos, acepta y procederá en un todo de acuerdo con la base 9ª según la cual: "para defender la religión y los derechos de la Iglesia, contra los ataques crecientes que frecuentemente se fraguan, invocando el liberalismo, es lícito a los católicos organizarse fuera de los partidos políticos hasta ahora existentes e invocar la cooperación de todos los católicos indistintamente, dentro o fuera de tales partidos, con tal que dicha organización no pretenda negar la cualidad de católicos a los que prefieren abstenerse de formar parte de ella". El estado de imperfección de la sociedad moderna y las disidencias que desgraciadamente separan en lo accidental, en todas partes, a los elementos católicos, ha inspirado al Papa esta sana doctrina. Lejos estamos todavía del suspirado ideal que nos hace desear una sola y única legión de católicos ciudadanos marchando compactos a la defensa de su fe; este estado de cosas no se decreta, pero su realización es posible, en razón directa de nuestro propio perfeccionamiento. Tendamos a esto por todos los medios, con intención recta, con trabajo perseverante, sin impaciencias exageradas que a nada conducen, y nos acercaremos al ideal".

(Informe de Antonio I. Rius y Miguel Perea, 1911).



Procesión del Jubileo frente a la Matriz (1901).

III. Algunas perspectivas actuales

Depuración evangélica en el espacio y la forma cultual: la iglesia de Atlántida de Dieste.



Pastor Emilio Castro: Convergencia en el servicio y el testimonio cristiano del Uruguay de hoy.

Pero lo verdaderamente interesante no es sólo ese cambio de posición política en el equilibrio latinoamericano y nacional, cuyos primeros síntomas percibimos. Hay mucho más: la Iglesia asume en sí misma — la Iglesia formada por todos los cristianos, sean prelados o fieles—, el conflicto histórico de hoy, para decir hoy a todo hombre atento, no un programa o una ideología determinada, con añoranzas de dominio político o con ensoñaciones de una nueva cristiandad, sino un Mensaje transformador del hombre y de la historia.

Mensaje permanente e incambiado, a través de los siglos; pero mensaje siempre actual y nuevo, siempre pertinente y siempre a la vez liberador e inquietante. Dentro de la hojarasca, en el fondo de esa institución, late una Buena Noticia que busca, siempre en tensión, siempre en crecimiento, en cada recodo de la historia, sus modos de hacerse presente.

En el momento actual es difícil prever cuáles serán las nuevas instituciones, las nuevas mediaciones, adecuadas al presente y al futuro, de esa presencia.

El peso del pasado, la coexistencia de fuertes anacronismos institucionales y mentales, hacen más duro y difícil ese proceso; por otra parte, una cierta superficialidad y desconcierto ante la inmensidad de la tarea, la rapidez del proceso, la tendencia a confundir meros enunciados con realidades prácticas, no contribuyen a su florecimiento.

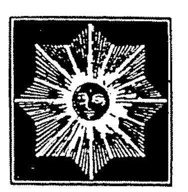
Algunas líneas, sin embargo, parecen adquiridas.

Primero, se tiende a pensar a la Iglesia en términos históricos y espaciales, a nivel local, nacional, latinoamericano, con aspiración de presencia *en* esa realidad, de presencia operativa de servicio realista.

Segundo, se tiende a vivir la existencia cristiana con conciencia de que la aventura evangélica básica de la fe, la esperanza y el amor se basa en las raíces bíblicas, se mantiene en continuidad histórica en lo fundamental con el pasado, remoto y reciente, y sólo se manifiesta en la autenticidad profunda de personas y grupos.

Tercero, la presencia tiende a instrumentarse cada vez menos en pesadas y costosas instituciones —en términos de poder— para focalizarse en pequeños núcleos o comunidades de intensidad depuradamente religiosa, entre personas operativas y dinámicas, según sus posibilidades, en el medio social, secular, en que actúan.

Nuestro protagonismo de cristianos en el Uruguay de hoy, especialmente rico y exigente, dará la medida de la seriedad de estas búsquedas. Los próximos meses y años irán delineando y decantando las soluciones que se encuentren al actual desafío, que es a la vez histórico y evangélico.



EL LEGADO DEL SIGLO XIX

Solamente los que se renuevan y se adaptan a las nuevas necesidades se salvarán... Volver hacia atrás, al pasado, echándolo de menos como inmutable, es error: es necesario mirar hacia el porvenir.

El Pontificado y la Iglesia no tienen sólo la misión de conservar y afirmar la eterna verdad; tienen un papel más elevado quizás, y sin contradicción más difícil y más complicado, cual es el de adaptar los principios inmutables a las condiciones de cada época.

Es necesario prever y preparar; leer en los acontecimientos y en los espíritus contemporáneos; aprovechar del torbellino de los hechos para imprimir al mundo una dirección que responda de la mejor manera a las necesidades y a las condiciones inmutables del catolicismo.

Mariano Soler, Arzobispo de Montevideo.

("El legado del siglo XIX. Temores, esperanzas respecto de la sociedad moderna", págs. 61 y 63. Montevideo, 1901).

JALONES DE LA ORGANIZACION DE LA JERARQUIA ECLESIASTICA

1830 — Ley de separación de la Iglesia Oriental de la Diócesis de Buenos Aires.

1878 — Creación del Obispado de Montevideo (Diócesis única para todo el Uruguay).

1919 — Provisión directa por la Santa Sede del Arzobispado de Montevideo y de los Obispados de Salto y Melo.

1965 — Fundación de la Conferencia Episcopal del Uruguay.

BIBLIOGRAFIA BASICA

A) *Perspectiva latinoamericana*

E. Dussel: "Hipótesis para una Historia de la Iglesia en América Latina". — Barcelona, Ed. Estela — IEPAL, 1967.

Varios: "Historia de la Iglesia en América Latina" (IV tomos) — Madrid, Ed. Feres — OCSHA — 1960/63.

Cuadernos de "MARCHA", Nos. 8, 9 y 17 — Montevideo (1967 y 1968).

Revista "VISPERA" — Montevideo, Ed. Pax Romana. Jeci (1967/1969).

B) *Perspectiva uruguaya*

L. A. Pons: "Biografía de D. Jacinto Vera y Durán". Montevideo, 1905.

J. M. Vidal: "El primer Arzobispo de Montevideo", 2 t. — Montevideo, 1935.

A. Ardao: "Racionalismo y Liberalismo en el Uruguay". Montevideo, 1968.

J. L. Segundo: "Función de la Iglesia en la Realidad Rioplatense". — Montevideo, 1962.

G. Martínez: "Función de la Iglesia en la Cultura Nacional". — Montevideo, 1966.

Varios: "Aspectos Religiosos de la Sociedad Uruguaya". (Ed. Centro de Estudios Cristianos, 1965).

"Documentos del Encuentro Socio-pastoral de Montevideo". — Montevideo (Diciembre, 1968).

Revista "Perspectivas de Diálogo". — Montevideo, Ed. Centro Pedro Fabro.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

Enciclopedia Tomo IV	Cuaderno Tomo IV
• 31. La cultura del 900. - Roberto Ibáñez.	31. Ariel. - José Enrique Rodó.
• 32. Obreros y anarquistas. - Carlos M. Rama.	32. La huelga y la cuestión social - Rafael Barrett.
• 33. Los retratistas del país. - Florio Parpagnoli.	33. Modernismo y poesía. - Julio Herrera y Reissig.
• 34. Batlle: la conciencia social. - Carlos M. Rama.	34. El pensamiento de Batlle.
• 35. La vida musical. - Hugo Balzo.	35. Variaciones sobre el mismo tema.
• 36. El ascenso de las clases medias. - Germán W. Rama.	36. La inglesita. - José Pedro Bellán.
• 37. Presencia de la Iglesia. - Juan Luis Segundo y Patricio Rodé.	37. ¿Virajes o continuidad?
38. Sufragistas y poetisas. - Ofelia Machado Bonet.	38. La poesía femenina.
39. La democracia política. - Germán W. Rama.	39. La doma del Poder. Personas e instituciones.
40. Estatización y burocracia. - Néstor Campiglia.	40. Del 1 al 6. - Enrique Amorim.

• Números ya publicados

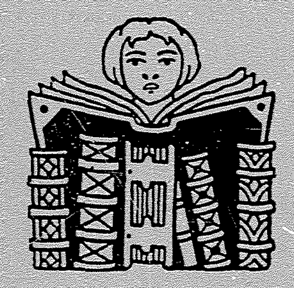
El martes próximo aparece

Enciclopedia No. 38 Sufragistas y Poetisas

La profesora Ofelia Machado Bonet describe el acceso de la mujer a la educación, la conquista de los derechos civiles y políticos y la eclosión cívica, relacionando el movimiento feminista con las transformaciones económicas y sociales de nuestra sociedad moderna.

Cuaderno No. 38 La poesía femenina

Una nota única en la cultura hispanoamericana han ofrecido las escritoras femeninas del Uruguay, creadoras de una lírica cuya excelencia se pone de manifiesto en esta rigurosa antología que va de Delmira Agustini a Circe Maia.



Ya están en venta estas tapas para que Ud. mismo encuaderne su colección de Enciclopedia Uruguaya. Solicítelas a su proveedor habitual.

ENCICLOPEDIA URUGUAYA

Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis Carlos Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Loureiro y Jorge Carrozzino -artegraf. Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo, amparada en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del papel). Junio 1969. Copyright Editores Reunidos.